

ENRIQUE REVOLLO DEL CASTILLO

---

# RAFAEL NÚÑEZ

RASGOS DE SU VIDA - SU MUERTE RELATADA  
POR DOÑA SOLEDAD ROMAN v. DE NÚÑEZ

---

EDITORIAL MINERVA - BOGOTÁ



**ENRIQUE REVOLLO DEL CASTILLO**

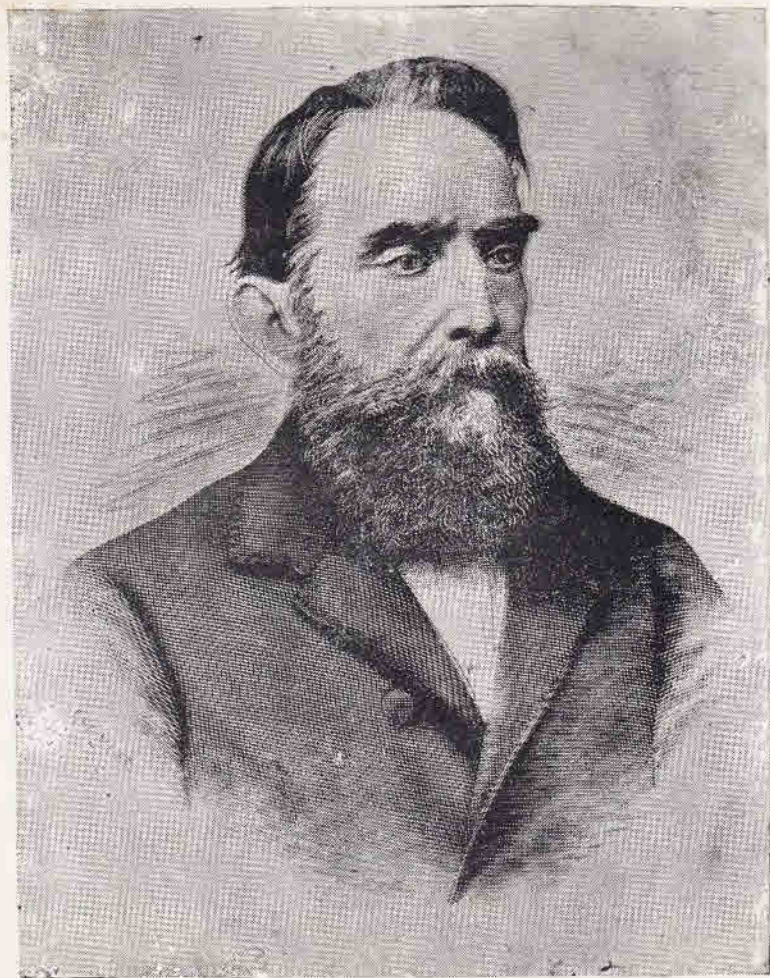
---

**RAFAEL NÚÑEZ**

**RASGOS DE SU VIDA - SU MUERTE RELATADA  
POR DOÑA SOLEDAD ROMAN v. DE NÚÑEZ**

---

**EDITORIAL MINERVA - BOGOTA**



©Academia Colombiana de Historia.  
**RAFAEL NUÑEZ**



NUÑEZ

Juicio de Núñez sobre Mosquera

Hoy hace un siglo nació en Cartagena de Indias (1) el político más ilustre y genial que haya tenido la República. A pesar de los odios radicales, de la incomprensión y de la ignorancia popular, la figura de Núñez se destaca hoy pensadora y majestuosa en el Capitolio Nacional.

Se ha hecho demasiado pronto—escribía el doctor Núñez en 1883—la apoteosis del gran General, para que esa apoteosis tenga universal asentimiento. A la manera de las montañas, los grandes hombres requieren ser vistos de lejos para que sus asperezas no se noten con claridad excesiva. Al General Santander no se le tradujo en bronce sino cuarenta años después de su muerte. El bello monumento de Bolívar, obsequio de un particular—el señor José Ignacio París—no fue levantado sino diez y siete años después de haber desaparecido de la agitada escena el inmortal héroe que cansó con su fama.

(1) El doctor Núñez nació en la segunda calle de Vadillo. Es deplorable que el Municipio de Cartagena no haya puesto aún una placa que conmemore el nacimiento del hijo más ilustre de esa ciudad.

Entre la muerte y la estatua de Mosquera apenas media el espacio de cinco años.

Podría, pues, creerse que los servicios del último fueron mayores o más rápidamente reconocidos por la generalidad de sus compatriotas que los de Bolívar y Santander. Pero lo cierto es que éstos murieron en hora infausta, es decir, cuando el Gobierno del país estaba en manos de enemigos políticos suyos; mientras que a Mosquera ha sucedido lo contrario. «Murió a tiempo, como familiarmente suele decirse».

Quién iba a decirle al doctor Núñez que él también sería víctima de esta injusticia, como lo fueron Bolívar y Santander por muchos años, a pesar de haber «muerto a tiempo», y de que sus amigos eran los directores de la Administración Pública. Como fue tan afortunado como Mosquera, pues hace ya algunos años que su estatua, esa obra admirable de Pombo, esa figura robusta y maciza del que se nutrió de raíces griegas y latinas, que fatigó a la Historia Patria con su saber, y cuya vida fue virtud y ciencia, patriotismo y dignidad, otra nuestra Avenida de la República.

En cambio la apoteosis de Núñez corrió otra suerte distinta. El homenaje a la más alta mentalidad colombiana sirvió de lamentable indiferencia de unos, la triste pusillanidad de otros y el odioso rencor de los demás.



## Núñez y Mosquera - ¿Quién fue traidor?

Entre Mosquera y Núñez se ha pretendido hallar una semejanza de caracteres políticos, y no hay nada más absurdo y erróneo que esa idea. De un lado estaba el hombre de la fuerza y de la espada; del otro, el hombre del cerebro y de la pluma. Traidor se ha llamado injustamente a Núñez. Cuando la soberbia radical se rebeló contra el Gobierno legítimo de Núñez, él no ejerció sino un legítimo derecho, el lógico, el humano: defenderse de sus ferales enemigos. En esto sólo cumplió con una ley biológica y es preciso afirmar que jamás el doctor Núñez fue conservador. (1)

Mosquera en cambio sí fue traidor, porque se rebeló, como Gobernador del Cauca, contra el Gobierno legítimo y honrado de don Mariano Ospina. El liberalismo colombiano mira al General Mosquera como a uno de sus primeros caudillos, venera su memoria y se apresuró inmediatamente después de su muerte a erigirle una estatua en el Capitolio Nacional. ¿Y qué actitud tomó el partido

---

(1) La prueba irrefutable de mi aserto es que el doctor Núñez no quiso firmar la Constitución del 86; y le echó el muerto, como suele decirse, al General Campo Serrano. Conversando con doña Soledad Román de Núñez, poco antes de su muerte, sobre esto, me dijo: que efectivamente el doctor Núñez no quiso firmar la Constitución del 86, porque no era la Constitución que él libremente quería, que en muchos puntos no estaba de acuerdo con ella y que por eso dejó encargado a Campo Serrano y se fue a una hacienda llamada «Peña Negra», cerca de la Mesa, de propiedad de su primo don Higinio Cualla. Aquí es el caso de recordar el diálogo de don Miguel Antonio Caro con don Carlos Calderón; después de firmada la Constitución, éste le dijo a aquel: Hemos firmado una Constitución monarquista, a lo cual respondió el otro: Desgraciadamente electiva.

conservador por este acto de reconocimiento a la traición? La más digna y prudente. Perdonó las faltas del ambicioso político, del antiguo Gobernador del Cauca, del desamortizador de los bienes eclesiásticos, del que levantó cruelmente un patíbulo político sin juicio legal, para ver sólo en esa estatua al héroe de la Independencia, al amigo fiel del Libertador, al gobernante progresista del 49, al iniciador de la navegación por vapor en el río Magdalena, al vencedor de Guaspud, en una palabra, al estadista.

### ¿Qué le debemos a Núñez?

¿Por qué le hemos levantado una estatua a Núñez? ¿Qué le debemos? A Núñez se le deben la paz de las conciencias, la estabilidad en el Gobierno y la unidad en la legislación. ¿Qué había en Colombia cuando Núñez vino a figurar en la política del país? La filosofía materialista y utilitarista era dueña de las conciencias; esa filosofía que pretendió amoldar la sociedad al capricho de los legisladores, menoscabando los fundamentales principios del Estado, aherrojando la creencia religiosa de los espíritus, socavando el primordial principio de las sociedades que es el matrimonio y derribando del cielo la santa filosofía cristiana para confundirla con la miserable tierra. El Estado laico dueño de todo, «que no comulgaba ni confesaba», pero sí perseguía y excomulgaba en nombre del Padre Renán. El Gobierno era el patrimonio de unos pocos, la oligarquía era su sistema. Una sociedad con distintos órganos de gobiernos, carecía, sin embargo, de gobierno estable.

El principio de autoridad no existía: «la insurrección era un derecho». El poder electoral estaba en manos de caciques que extorsionaban a sus gobernados, era una zambra política, una merienda de negros, como se solía decir en ese entonces. La sectaria Constitución del 63, «tejido de sofismas anárquicos», como la bautizó uno de los hombres más ilustres del liberalismo, el cual fue injustamente atacado por Cornelio Hispano, porque a nadie se le perdona el papel de Casandra; esa Constitución era violada continuamente o interpretada según las circunstancias. En lo político, moral y social se habían cometido grandes faltas, todas las posibles. Aquella célebre frase de M. Thiers, referente al segundo Imperio, próximo ya Sedán, venía con frecuencia al espíritu: «No queda ninguna falta por cometer», como el mismo doctor Núñez decía.

Y qué hacer en este maremágnum social, en esta tolvanera política, precursora de tempestad y de eterna noche en que se consultaba sólo «el cuadrante de las eventualidades», postergando el terreno cerrado de los principios, como consecuencia utilitaria!

### El Estadista

El barómetro político marcaba furiosas tempestades y contrarios vientos, la nave se iba a pique y era menester un experto piloto para salvarla del naufragio social en que se encontraba. Y ese fue Núñez, quien comprendió con clarividencia insólita el nuevo rumbo, marcado por la lógica y la razón; y escogitando



su poderosa mentalidad teorías salvadoras y principios regeneradores, nacidos de la convicción, no «copia de instituciones extrañas ni parto de especulaciones aisladas de febriles cerebros», que era el consecuente fruto de esos «espíritus icarianos» que formaron el Olimpo radical.

Pero el mismo doctor Núñez comprendía lo arduo de la lucha y los peligros que traen consigo las evoluciones políticas. Era necesario un Hércules y las corrientes de Alfeo para limpiar los establos del rey Augies. Y el bajo rencor y el insensato orgullo eran sustentáculos en el maderámen de las instituciones, que iban a rodar inmisericordes. Y así sucedió. La transformación política vino, se respiró otra atmósfera y el reformador marcó el nuevo rumbo. Otra cosa fue que no se cumpliera todo su pensamiento, vaciado en aquellas palabras de Jules Simón, que hizo sayas. «La república conservadora, como yo la entiendo, es al mismo tiempo liberal, así como no puede ser verdaderamente liberal sino siendo conservadora», que es la síntesis del Partido conservador colombiano, que no muere sino que sigue las legítimas renovaciones del progreso y de la ciencia política, guardando, eso sí, los inmutables principios de la filosofía cristiana. Por eso nosotros sostenemos que el doctor Núñez no fue el autor de la Constitución del 86, o mejor dicho, que la esencia de su doctrina sólo fue extractada en ese Código que los conservadores hemos reformado por las necesidades imperiosas de los tiempos. Hoy la crítica histórica reconoce que la Constitución de 1886 fue obra casi exclusiva de don Miguel Antonio Caro y del doctor Ospina Camacho.

## Núñez poeta, periodista y filósofo

¿Y qué diremos del filósofo y del poeta, del periodista y del gran surtidor de frases? Del poeta mago del *Que sais-je* que envuelve esa duda relativa en imperecederos versos. Hija esa duda de la flaqueza humana, impotente para alcanzar a Dios, nacida del Rey Salomón, y exteriorizada en la literatura moderna por Montaigne y Núñez de Arce. ¿Y su *Todavía*, que todavía es manjar erótico y exquisito entre los labios femeninos, mientras dure esta hermosa lengua de Castilla?

El doctor Núñez jugaba con la frase, complacido y satisfecho si alegraba; riante y sardónico si hería. Nadie ha manejado más sutilmente ni con mayor donosura la frase ática como él. Persuasiva, hiriente, mordaz, vaga y luminosa y ante todo original e inimitable, era su frase.

Como periodista es incomparable. El trajo una nueva faz a la literatura periodística, tuvo y dio el ejemplo de una concepción más elevada de la prensa, que en ese entonces, como hoy en reducidos casos, felizmente, era Pasquino y no la razón su norma. El solía decir: «El periodismo que insulta vale mucho menos que la hoja de papel de que se sirve». En el difícilísimo arte de la adjetivación nadie como él es sublime. Sus adjetivos son lapidarios y el arsenal más rico y hermoso de nuestra literatura periodística.

Y ese hombre inimitable, que nació en la ilustre villa Heroica, el más complejo de los espíritus colombianos, el sér más comprensivo, que fue un talento excepcional y de una universal ilus-

tración, que ha sido con Santander, Mosquera y Murillo, los únicos grandes estadistas que hemos tenido hasta ahora, superando Núñez a los otros tres por su mayor visión política y grandeza de saber. Este verdadero hombre de Estado es aún, a pesar de los años transcurridos desde su muerte, el más odiado y combatido por la incomprensión liberal.

Un cerebro cultivado, Julio H. Palacio, quien milita hoy en las filas liberales, publicó, siguiendo las huellas de Arthur Levy en *La vida íntima de Napoleón*, un pequeño pero hermoso folleto sobre la vida íntima de Núñez. En su prólogo el doctor Palacio stampa estas amenazadoras frases: «Ya tendré ocasión de demostrar quién fue el verdadero responsable de que quedara arriada en el Capitolio Nacional la gloriosa bandera del liberalismo». Habiéndolo excitado en un artículo a que declarase si se refería a don Santiago Pérez, evadió la respuesta. Más tarde insistí en que manifestara quién era el responsable aludido y contestó con estas otras frases: «Siento no complacer, por ahora, al doctor Revollo del Castillo, pero sí le adelanto que considero axiomático que la política del doctor Santiago Pérez y del Olimpo Radical tuvo parte principalísima de responsabilidad en la caída del liberalismo, pero el máximo responsable es otro. Ya lo diré cuando sea la hora y si Dios me da licencia y salud».

Quién es ese otro? Ya es tiempo que el doctor Palacio lo declare francamente para que se disipen las tinieblas al rededor del Hombre Luz.

E. REVOLLO DEL CASTILLO



SOLEDAD ROMAN DE NUÑEZ

©Academia Colombiana de Historia.



## LA MUERTE DEL DOCTOR NUÑEZ

Relación hecha por doña Soledad Román de Núñez al señor doctor don Enrique Revollo del Castillo

Estábamos preparando viaje para Bogotá, y como yo me quedaba en la parte baja de la casa arreglando el equipaje, Rafael, al verse solo arriba, solía irse donde mi hermana Rafaela, quien vivía cerca, para conversar con ella. Dos o tres días duró eso, como a fines, poco más o menos, del mes de agosto de 1894. El último día que salió se acercó a mí, mientras estaba arreglando unos baúles, y me dijo: «Quiero hacer una caminata, porque me siento mal. Voy donde Rafaela y cuando termines vén por mí para volvernos juntos». Al verlo salir, apresuré lo que estaba haciendo para irme lo más pronto, lo que efectué, pues no me gustaba la palidez de Rafael, y porque le había notado hacía dos o tres días que tenía el párpado izquierdo caído, que levantaba cuando le llamaba la atención y que volvía a caérsele si se descuidaba. De modo, pues, que me fui volando a casa de mi hermana Rafaela, pero cuál no sería mi sorpresa al encontrarlo en la sala de entrada con un cartero al lado y leyendo un telegrama, con las manos temblorosas y muy frías. El telegrama era puesto por un señor Vásquez, tío del General Moya Vásquez, Gobernador de Bo-



yacá. Entonces lo cogí por el brazo, y diciéndole adiós a mi hermana Rafaela, regresámos a la casa inmediatamente, pues comprendí que el estado de Rafael era de cuidado. Lo tomé del brazo al revés de lo usado, sólo para que pudiera apoyarse al rededor de mi cuello para sostenerlo mejor, y así lo traje casi arrastrando; al subir a la casa lo acosté para que descansara.

Le pregunté qué tenía y me contestó: «Tengo la cabeza como hueca, las ideas se me escapan y no recuerdo nada, ni los nombres de las personas». Como es natural, con la mayor solicitud le presté todos los auxilios del caso, aprovechando en esta ocasión lo que había aprendido con el doctor Calvo y con mi padre en la botica, a donde iba yo con frecuencia. Además, a él no le gustaba llamar médicos; siempre me lo prohibió. Sin embargo, como yo insistiera en este caso, me dijo: «Hay un vapor en la bahía; escríbele a tu hermano Eduardo, que está en Panamá, y dile que venga, pues me urge hablar con él».

Con mis medicamentos se fue restableciendo poco a poco. Por la tarde llegó Ernesto Palacio y entonces se levantó a hablar con él. Era costumbre de Ernesto venir por las tardes a conversar con Rafael, a quien le agradaba departir con aquél sobre literatura y sobre los grandes hombres y no con Julio H. Palacio, su hermano, el cual iba siempre a tratarle asuntos de política.

Así duró los últimos días de agosto y los primeros de septiembre hasta que llegó el vapor de Colón, trayendo a bordo a mi hermano Eduardo, quien voló inmediatamente a ver a Rafael. Como yo no me había dado por entendida con Rafael sobre el telegrama

que tan vivamente lo había impresionado, no le dije nada a Eduardo sino cuando estuvimos solos, haciéndole notar lo de la paralización del ojo. Volvi al lado de mi esposo para observarlo detenidamente, sin que él lo notara, y oí que Rafael dijo: «Eduardo, yo deseo que usted vaya conmigo a Bogotá y por eso lo he hecho llamar. Yo le tengo miedo a los médicos y a los menjurjes, y como usted sabe, prefiero la homeopatía. Por eso deseo que estén a mi lado usted y Henrique, quienes conocen mi idiosincracia y lo que más me convenga. Conque así escríbale a su esposa informándole que se va conmigo».

Como eso no era posible, porque Eduardo había traído solamente una maleta con una muda de ropa, le propuse a Rafael que como el día 10 de septiembre había vapor para Colón, y como tenía tiempo suficiente, sería bueno que Eduardo regresara a hablar con su mujer sobre el viaje y traer la ropa necesaria.

Quedamos de acuerdo, y el día señalado se embarcó mi hermano con rumbo a Panamá, no sin recordarle antes a Rafael que se tomara el día siguiente un laxante y lo repitiera antes que volviera él, puesto que el viaje no se efectuaría hasta el 25 de septiembre, ya que debíamos pasar aquí la fiesta de las Mercedes, que era el 24.

Se fue, pues, Eduardo; pero Rafael no quiso tomar el purgante alegando que tenía que corregir unos editoriales para *El Porvenir* y que lo tomaría el día 17, cuando ya estuviera desocupado. El 17 se presentó Ernesto Palacio y se pusieron a conversar desde muy temprano, habiendo tomado Rafael una sopa de fideos, pues pen-



saba tomar el purgante esa misma noche, como a las 12. A las nueve de la noche se fue Ernesto y como a las diez estaba yo en mi recámara disponiéndome a tomar un baño tibio. Rafael se hallaba en su habitación, contigua a la mía, con las puertas abiertas, fumando su *calilla*, en espera de que yo tomara el baño. Poco después sentí que buscaba en el escaparate el frasco del purgante. Luego se me presentó estando yo todavía vistiéndome: «Que estúpido soy, dijo, que por no aguardarte me he tomado el seidlitz sin azúcar; enciéndeme otra *calilla* para quitarme el amargo de la boca» y diciendo esto se dirigió a la cama en cuyo borde se sentó. Nuestra fiel doméstica Manuela Hurtado, solía dormir al pie de mi cama, precisamente para estar pronta a mi llamamiento y batirle el chocolate a Rafael a las cuatro de la mañana.

Manuela se quedó en su habitación mientras se dormía Rafael, y yo, viéndole tan desvelado, busqué una mecedora y me senté al pie de su cama en frente de él y nos pusimos a conversar. Serían como las 2 de la mañana y ya mi criada estaba acostada en mi recámara, cuando Rafael se puso de pies, botó la *calilla* y me dijo que llamara a Manuela, pues se sentía mal, y en el mismo momento que ésta entraba cayó de espaldas sobre la cama, pero inmediatamente se volvió a sentar.

Comenzamos a preguntarle qué le había pasado, qué novedad sentía, pero no pudo articular sino palabras entrecortadas, incompletas. Ayudada por Manuela, quien le tenía cogida la cabeza, mientras yo lo asía por los brazos, lo acosté y arreglé la cama. Inmediatamente mandé llamar a mi hermano Henrique, quien vino

apresuradamente. Llamé también al doctor Calvo, quien estaba enfermo, al doctor Fortich y al doctor Barbosa, quienes se presentaron como a las cinco de la mañana. Después de reconocer a Rafael, declararon que no tenía fiebre, sino un ataque cerebral.

Era la tercera vez que a Rafael le daba este ataque. El primero le dio en Bogotá el 1.º de abril en momentos en que se reunía la Convención liberal; el segundo en casa de mi hermana Rafaela al recibir el canallesco telegrama de Vásquez. En el tercer ataque no volvió a hablar, hacía esfuerzos por pronunciar mi nombre y apenas lograba decirlo a medias.

### La confesión

Rafael no se había dado cuenta de quiénes eran los médicos que con tan solícitos cuidados lo atendían, pero al arrancarle mi hermana Rafaela los cáusticos abrió los ojos y al reconocer entre los tres a dos liberales, se volvió hacia mí, me agarró con fuerza, como pidiendo que lo defendiera, porque probablemente en ese instante creía que lo estaban atacando. Momentos después llegó Monseñor Biffi, quien le habló. Al reconocerlo, a Rafael se le salieron las lágrimas. Monseñor le dijo: ¿Cómo vamos, don Rafael? y le extendió la mano, la que mi esposo estrechó emocionado. Monseñor Biffi le manifestó deseo de hacerle algunas preguntas; quedaron los dos solos, pero como Rafael no podía hablar, le contestaba por señas con la cabeza y apretones de mano. Monseñor lo bendijo y observé que éste lloraba al apartarse de la



cama. De modo, pues, que puedo decir que la confesión de Rafael se efectuó por medio de movimientos de cabeza y de apretones de mano.

SOLEDAD R. VIUDA DE NÚÑEZ

Cartagena, 23 de agosto de 1924.

Testigos: *María T. del C. de Román y Manuela Hurtado.*

---

NOTA.—Este fiel relato de la ilustre matrona cartagenera destruye toda malévolra versión sobre la muerte cristiana del doctor Núñez.

Próximamente publicaremos las Memorias políticas que doña Soledad Román de Núñez nos dictó el año pasado en Cartagena, tres meses antes de su muerte. Ellas son de un interés excepcional, porque contienen documentos sobre la vida pública y privada del pensador colombiano, documentos que hasta la fecha son desconocidos.

R. DEL C.